

san Bonifacio : porque Teodosio el Joven retiró el decreto inculminado, y Perigeno gobernó la iglesia de Corinto durante el resto de su vida.

10. En tanto que esta discusion absorbía la atencion de todo el Oriente, se apagaba en la Palestina una gran lumbrera de la Iglesia : san Jerónimo murió en el 30 de setiembre de 420, á la edad de ochenta años. De entre todos los santos Padres de la Iglesia latina, san Jerónimo es el que mas erudicion ha puesto al servicio de la verdad. Sus gigantescos trabajos sobre la sagrada Escritura no han sido sobrepujados sino por sus increíbles mortificaciones, su amor por el retiro y la pobreza, y su ardiente caridad, que le ha hecho comparar á san Pablo por el gran san Agustín. Su estilo vehemente, en extremo correcto, lleno de imágenes, de fuertes concepciones, de pensamientos concisos, iguala en mas de un lugar á los mejores modelos de la pura latinidad. Nuestro Señor Jesucristo le preguntó un dia si era cristiano. « Sí, Señor ; respondió el santo. » — No ; porque aun eres ciceroniano. » Esta predileccion por los autores profanos hizo desde entonces lugar á un inmenso amor de las sagradas Letras, que le hizo comenzar y proseguir con el mejor éxito á la edad de mas de sesenta años el estudio del hebreo. La soledad en que vivía no le impedía tomar parte activa en la lucha de la fe católica contra las herejías : ya lo hemos visto en el asunto del pelagianismo. En la misma época sostenía contra Vigilancio, sacerdote hereje, natural de Cominges en las Galias, una lucha no menos valiente. Este sectario, cuyos errores no nos son conocidos sino por los escritos de san Jerónimo, condenaba el culto de los santos, la veneracion de sus reliquias y el celibato eclesiástico. Algunos clérigos de malas costumbres se le habian unido, y habian abrazado una doctrina que favorecía sus inclinaciones. San Jerónimo persiguió con su acostumbrada energía á los nuevos sectarios ; y todo nos hace creer que Vigilancio, tocado de la gracia, se retractó despues ; porque murió en Barcelona, en la comunión de la Iglesia.

San Bonifacio I habia muerto tambien en el momento

mismo en que su celo acababa de triunfar de las orgullosas pretensiones del patriarca de Constantinopla (el 25 de octubre de 422). Había renovado la ordenanza, ya decretada por san Fabian, de no elevar al sacerdocio á nadie antes de los treinta años de edad. Suprimió las *vigilias* de los santos ; esto es, las asambleas nocturnas que se tenían la vispera de una fiesta, cerca del sepulcro de un mártir, que iban degenerando de la gravedad y decencia primitiva ; pero mantuvo la obligacion del ayuno y del oficio litúrgico, ya prescrito.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CELESTINO I (3 de noviembre de 422-6 de abril de 432).

11. El diácono san Celestino, pariente muy cercano del emperador Valentiniano, fué nombrado sucesor de san Bonifacio I el 3 de noviembre del año 422. El primer acto del nuevo pontificado fué la condenacion de una herejía nacida de los errores de Pelagio. El pelagianismo, fulminado por las decisiones de Roma [los concilios de Cartago], y la elocuencia de san Agustín, se apagaba poco á poco ; pero salía de sus cenizas otra secta que dulcificaba lo que tenía la primera de mas brusco, y que tomó un medio entre la doctrina de Pelagio y la fe ortodoxa. Dieron curso á este pelagianismo mitigado algunos sacerdotes de Marsella, cuya secta se llamó *semi-pelagianismo*. Atribuían al libre albedrío el principio de la fe y los primeros movimientos de la voluntad humana hácia lo bueno ; segun ellos, Dios, á consecuencia de estos primeros esfuerzos, da el aumento de fe y la gracia de las buenas obras. Así es que los Semi-Pelagianos admitían como los católicos el pecado original y la necesidad de una gracia interior para obrar lo bueno ; pero decían que el hombre puede merecer esta gracia por un principio de fe, por un primer movimiento de virtud, de los cuales Dios no es autor. San Agustín se levantó contra este pernicioso error ; y la causa fué llevado al tribunal de san Celestino. El papa condenó á los sacerdotes de Marsella, y definió contra ellos que Dios opera de tal modo en el corazón de los hombres, que todo pensamiento santo, todo de-

signio piadoso, y en fin todo movimiento de buena voluntad en el orden de la salvacion, viene de Dios, y que si podemos obrar algo bueno, es por Aquel sin quien nada podemos absolutamente. Esta sentencia fué recibida y acatada con respeto por todo el mundo cristiano, y se terminó así toda desunion.

12. El incidente de Apiario, principiado en 419, bajo el pontificado de su antecesor, llamó en seguida de esto la atencion de san Celestino. Los obispos del África se negaban pertinazmente á reconocer como válidas las apelaciones á la Santa Sede. Apiario, restablecido en la comunión de la Iglesia, se atrajo de nuevo las censuras de su obispo, y apeló de nuevo al papa. San Celestino envió á Faustino, el mismo legado enviado ya por san Bonifacio para examinar en el territorio mismo las acusaciones formuladas contra este sacerdote. Se creyeron fundadas, y el mismo Apiario, arrepentido, confesó sus delitos, y fué depuesto del ministerio eclesiástico. Los obispos de África tomaron de aquí ocasion para suplicar al papa que no se mostrase tan fácil en dar proteccion á los clérigos extranjeros que se la solicitaban. Cualquiera importancia que se quiera dar á este acto, no puede prevalecer contra derechos mil veces reconocidos y practicados, antes de esta controversia, y mantenidos en su fuerza y vigor, á pesar de estas y otras reclamaciones, por los papas de todos los tiempos (426).

En medio de estas agitaciones intestinas de la Iglesia, en el seno de las revoluciones políticas que trastornaban al mundo entero, y en tanto que Castino, general de la milicia, colocaba en el trono de Occidente, á la muerte de Honorio (423), una fantasma ó simulacro de emperador que pereció dos años mas tarde y dejó la púrpura á Valentiniano III (425), la vida monástica se iba desarrollando en las Galias con nuevo fervor. San Roman fundaba el monasterio de Condat en el Franco Condado (hoy la silla episcopal de San Claudio); Juan Casiano, escita de nacion, célebre por sus *Instituciones monásticas* y sus *Conferencias*, y por los viajes que hizo al Egipto para vi-

sitar los solitarios de la Tebáida, fundaba en Marsella la célebre abadía de San Víctor (427). San Honorato levantaba al mismo tiempo el famoso monasterio de Lerins, isla del Mediterráneo, en las costas de la Provenza. — La Siria ofrecia al propio tiempo el milagro viviente de los anacoretas en la persona de san Simeon Estilita (del nombre griego στήλος, columna), que se habia retirado para entregarse mas exclusivamente á la oracion y contemplacion á lo alto de una columna, donde pasó treinta años. — Mientras tanto se derramaba por todo el mundo la consternacion y el espanto por la nueva invasion de los Vándalos en África por Genserico, su rey. Fué asolada por el hierro, el fuego y el hambre toda esta provincia, que por su opulencia, fertilidad de su suelo y muchedumbre de sus ciudades se la miraba como la nodriza, como el granero del universo. Los Bárbaros, por la mayor parte Arrianos, saciaron su ferocidad contra los católicos mucho mas particularmente que contra los demás. Obispos, sacerdotes, monjes, vírgenes consagradas á Dios, eran arrastrados ó al cautiverio, ó á una desapiadada inmolation (430). Esta iglesia, tan floreciente hasta entonces, iba anegándose así en la sangre de sus hijos para no levantar mas cabeza sino en un porvenir lejano, marcado en los decretos de la Providencia. Como para agravar mas esta espantosa caida, el gran san Agustin moria al estruendo horrible del incendio que abrasaba toda la ciudad de Hipona el 28 de agosto de 430. Con él murió el África cristiana y civilizada. Dejaba sin embargo monumentos eternos de su celo y erudicion en una infinidad de obras que Posidio, su contemporáneo, hace subir al número de mil y treinta, comprendiendo en este número sus sermones y cartas. En las discusiones teológicas sobre la gracia, se le ha tachado de haber faltado algunas veces de rigurosa exactitud. Esta observacion, que ya hemos tenido ocasion de justificar relativamente á obras de algunos otros grandes doctores, debe rectificarse por la consideracion de que el lenguaje teológico no llegó sino muy paulatina y sucesivamente al grado de precision á que ha llegado hoy por las decisiones de los concilios. Estas ligeras

faltas ó imperfecciones se hallan superabundantísimamente recompensadas por una fe ardiente, una elocuencia viva y llena de bellísimas imágenes; y no han impedido el que san Agustín sea llamado por excelencia el *Doctor de la gracia*. La Iglesia romana ha levantado á su memoria el mas glorioso monumento: la estatua de san Agustín, con las de san Ambrosio, san Atanasio y san Juan Crisóstomo, sostiene en el Vaticano la cátedra de san Pedro. Por una coincidencia maravillosa, el mismo siglo tuvo la gloria de producir los dos mas ilustres santos Padres de la Iglesia griega y de la Iglesia latina.

13. La vida monástica, apagada en África, engendraba prodigios en las Galias; parece destino de la Iglesia no perder un florón de su corona sino para ver renacer otro mas brillante. Las Galias estaban repartidas hasta entonces entre los Godos, que ocupaban la Aquitania; los Burgondes, que de su nombre habian fundado un imperio llamado Borgoña; los Alanos, que habian obtenido de Aecio, general romano, el país de Valencia sobre el Ródano, y los Romanos propiamente tales, que solo habian conservado de sus antiguas posesiones las dos provincias Narbonenses y la Provenza. Se vió llegar, de 430 á 438, al norte de las Galias, el pueblo que debia de conquistarlas todas, fijarse en ellas perennemente, y fundar, bajo el nombre de Francia, un reino que aun subsiste. Los Francos, establecidos desde hacia algunos siglos sobre las orillas del Rhin, en un país que ha conservado el nombre de Franconia, lograron bajo el mando de su caudillo Clodion hacerse dueños de las ciudades de Cambray, Tornay y Amiens. A la sazón que este pueblo, aun pagano, sentaba sus plantas en el suelo de las Galias, las principales iglesias estaban ocupadas por una generacion de ilustres y santos obispos. San German sucedia á Amador en la silla de Auxerre. San Lupo, su amigo, ilustraba la iglesia de Troyes con sus virtudes, elocuencia y milagros. San Hilario, condiscípulo de ambos, se veia arrancado de la soledad del monasterio de Lerins, para subir á la cátedra metropolitana de Arles. San Euquerio en Leon hacia revivir las virtudes, piedad y ciencia de san Ireneo. San Oriente, obispo de

Auch, reunia á las mas eminentes virtudes los talentos de un literato exquisito. No eran estas las solas lumbreras que brillaban en las Galias: en la misma época san Próspero escribia su *Crónica* y su *Poema contra los enemigos de la Gracia*. Salviano, apellidado *el Jeremías del quinto siglo*, componia su obra *de la Providencia* y su *Tratado de la Iglesia*; y en fin, san Vicente de Lerins se preparaba á publicar su admirable *Memorial*. Esta exuberancia de santidad y de fe que desbordaba en las iglesias de las Galias, llegaba hasta la Gran Bretaña, entonces infestada de la herejía pelagiana. San German de Auxerre y san Lupo de Troyes se presentaron en esta isla (429), y con su predicacion, milagros y santidad de vida restablecieron la fe en su primitiva pureza. En este viaje, pasando ambos santos por Nanterre, cerca de París, consagraron á Dios santa Genoveva, cuyo nombre y memoria estaban destinados á tan ilustre y santa nombradía. El papa san Celestino acababa de ordenar á san Patricio en calidad de obispo de Irlanda. Patricio fué el apóstol de esta isla, hasta entonces idólatra. Los paganos se convertian en prodigioso número á su voz. Fundó el monasterio de Sabal, cerca de la ciudad de Doun, poniendo en él por abad á san Dunio, su discípulo. Erigió la ciudad de Armach en silla metropolitana. Él fué el primero que introdujo la literatura en este pueblo medio salvaje aun, y que no tenia otros monumentos escritos que los cantos improvisados de sus bardos (431).

14. El Oriente, esta patria comun de los grandes heresiarcas de los siglos cuarto y quinto, veia con dolor en este momento sentado en la silla de Constantinopla á un obispo que debia dar su nombre á una nueva herejía contra la fe católica. Este era Nestorio, promovido al obispado en 427. Espíritu vano, superficial, orgulloso y presumido de profundo, hinchado mas bien que elocuente, Nestorio dividia á Jesucristo en dos personas: una, la persona del hombre, Jesucristo; otra, la persona de Dios, el Verbo. De lo que se seguia que Jesucristo no era Dios, sino un hombre unido á Dios de una manera mas especial é íntima que ninguno otro. Por consecuencia lógica, la san-

tísima Virgen no era madre de Dios, sino solamente madre de un hombre, llamado Cristo, al cual se había unido el Verbo. Esta doctrina destruía pues el misterio de la Encarnación, el de la divinidad de Jesucristo y el de la divina maternidad de María. La herejía estalló por primera vez en un sermón pronunciado el día de Navidad (428), en el cual decía Nestorio: « que » llamar á la Virgen, *madre de Dios*, Θεοτόκος, sería justificar la » locura de los paganos, que dan madres á sus dioses. » La opinión católica se conmovió al saber esto en Constantinopla, quedando todos escandalizados de esta blasfemia: mas el patriarca no hizo caso; y aun animaba á los predicadores á reproducir su dicho. Doroteo, obispo de Marcionópolis, que había abrazado estos errores, predicando un día en Santa Sofía en presencia de Nestorio, llevó la impudencia hasta exclamar: « Si alguno dijere que María es madre Dios, sea anatematizado! » A esta voz, todo el pueblo lanzó un grito de indignación y se salió precipitadamente de la iglesia. Todo el Oriente se conmovió al rumor de este escándalo. San Cirilo de Alejandría al oírlo escribió una carta á los solitarios que puede considerarse como un tratado completo contra el nestorianismo. Fué denunciado el negocio al juicio y decisión del papa san Celestino, y deferido á la Santa Sede por san Cirilo y por el mismo Nestorio. El soberano Pontífice, alarmado por los progresos que hacia esta doctrina impía, encargó al monje Casiano compusiese una obra para combatirla; tal fué el origen del *Tratado de la Encarnación*, donde se rehabilita noblemente la fe católica. Nestorio no por eso dejaba de propagar su error: la corte de Constantinopla le apoyaba con su crédito y favor. San Cirilo de Alejandría, digno sucesor de san Atanasio, redobló de ardor y celo en defensa de la verdad. Escribió al emperador Teodosio y á sus hermanas elocuentes cartas en que exponía la doctrina católica de la Iglesia sobre la Encarnación, apoyándolo todo con la Escritura y la tradición. Al propio tiempo enviaba al papa un resumen general del estado de la controversia. San Celestino convocó un concilio en Roma, donde se pronunció anatema contra Nestorio. El papa notificó esta

decisión á san Cirilo, y le encargó excomulgase al heresiarca si se negaba á someterse. Son muy notables sus palabras. « Por autoridad de nuestra Sede, dice, y obrando en nuestra » cátedra con el poder que nos ha sido dado, ejecutaréis la » sentencia con ejemplar severidad. » Para cumplir con su misión, san Cirilo reunió en concilio á los obispos de Egipto, é hizo redactar doce anatemas contra cada punto de los errores de Nestorio. Se los envió al heresiarca, intimándole, conforme á los términos de la carta de san Celestino, que los suscribiera (430). Nestorio se negó; y propuso reemplazar la voz THEÓTOKOS, *madre de Dios*, por la de CHRISTÓTOKOS, *madre de Cristo*. La discusión se agrió mas y mas. Andrés de Samosata y Teodoro de Ciro escribieron un opúsculo contra los doce anatemas de san Cirilo, que defendía Mario Mercator en un libro lleno de erudición y de númen. Por su lado san Cirilo publicaba sucesivamente una *Respuesta á Andrés de Samosata*, su *Apolo- gía contra Teodoro*, y una *Refutación de los sermones de Nestorio*. Por la maniobra común de todos los herejes, Nestorio apelaba del papa á un concilio ecuménico. Teodosio el Joven, que le sostenía, quiso darle esta satisfacción. Fué convocado pues á Éfeso el tercer concilio general para el mes de junio de 431. San Cirilo le presidió en calidad de legado del papa. La apertura fué muy solemne. Los obispos, reunidos en la iglesia mayor de Éfeso en número de mas de doscientos, colocaron en medio de ellos sobre un trono de oro el libro de los Evangelios, para representar la asistencia de Jesucristo, que ha prometido hallarse en medio de los pastores reunidos en su nombre. Nestorio había ido á Éfeso con una escolta de soldados; pero se negó reiteradamente á comparecer al concilio. Los Padres le hicieron dirigir por tres veces la intimación de asistir á sus sesiones: mas los enviados fueron rechazados siempre por los soldados, que cercaban la casa en donde se había encerrado el heresiarca. El concilio se vió pues precisado á proceder en ausencia del patriarca de Constantinopla al exámen de sus escritos. Apenas se hubo acabado la lectura, exclamaron todos unánimemente: « Anatema á estos errores